

Impreso en mi frente todos?
¿Por qué con diversos modos
Me abruman con tal desden?
Eul. Hermano, nada comprendo,
Quizá mi padre, Ricardo. . . .
Ric. ¡Ay! con temor ahora aguardo
El que me siga insistiendo. . . .
No sé ni qué responder
Cuando me pregunte airado
¿El por qué he abandonado
Lo que juré defender?
Y él, ¿para quién es su vida
La causa que santa dice?
¡Oh! sin duda que maldice
Al que la vé maldecida.

ESCENA VI.

Dichos, y D. GUILLERMO.

Gui. Hijos, se acerca el momento,
La ciudad en conmocion
Se ha puesto, porque avisaron
Que el francés ya se movió.
¡Oh! ¡qué bulla hay por doquiera!
Y por momentos creo yo,
Que el susodicho gobierno,

Busca en huir su salvacion.
¡Ricardo, somos felices!
Márchate, marcha veloz,
Que te vea entrar impávido
En las filas del honor.
Ric. Padre mio, escuche Usted. . . .
No, ya no tengo valor
De engañarlo; he abandonado
Las filas de la reaccion.
Gui. ¿Qué estás diciendo? me engañas.
¿Tú abandonar tu opinion?
¡Mi buen hijo, mi Ricardo,
Cubrirse de tal baldon!
Ric. Abrume pues, padre mio
A su hijo su maldiccion.
Será mejor que cubrirse
Con la infamia de traidor.
Gui. ¿Pero qué lenguaje es ese?
¿Te has vuelto loco? por Dios
¿Le oyes, Eulalia, le oyes?
Ric. No, sana está mi razon.
Siempre le he dado á Usted gusto:
Desde que Usted me mandó
Seguir ese bando siempre,
En sus filas se me halló,
Pero hoy, hoy que deberiamos

Entrar á esta poblacion
Cubriéndonos tan vilmente
Del francés el pabellon.
Y que cobardes y viles,
Las armas que el pais nos dió,
Rindieramos á las plantas
De un avaro Emperador
Y que servirles autómatas,
Gaminémos siempre en pos
De la huella de un extraño
Con mengua de nuestro honor.
Vertiendo sangre á torrentes,
Y sangre nuestra. . . . ¡oh furor!
Para mitigar de un amo
De sangre el infame ardor.
No, padre mio, ántes
Quiero un fuego destructor
Haga ceniza este brazo.
Que á mi hermano hiera yo!
Gui. ¡Desgraciado! ¿qué te hice,
Que así me abrumas mi Dios?
Yo que juzgué que mi hijo
Alcanzaria. . . .
Ric. ¡Sí, el baldon!
Gui. No Ricardo yo juzgaba
Ayudaria tu valor. . . .

Ric. A destrozar á los hijos
De nuestra misma nacion,
Y cuando la madre Patria
Cayera ya sin accion,
Su seno despedazado
Por nuestro heróico valor,
Entónces la tomaríamos
En los brazos con amor
¡Y echaríamos su cadáver
A los piés de Napoleon!
E iríamos de rodillas
A pedir en galardón
La sonrisa de desprecio
Con que se paga al traidor!
Y el mundo que presenciara
Tan cobarde y ruin accion,
¿Su grito no elevaría
De eterna reprobacion?
Gui. ¡Basta, Ricardo silencio!
Silencio, por compasion,
Y has cuenta que ya tu padre
Para tí, acaba desde hoy.
Me avergüenzo de escucharte,
Y me retiro por no
Tener sobre tu cabeza
Que arrojar mi maldicon! (Vase.)

ESCENA VII.

RICARDO Y EULALIA.

Eul. Ricardo, ¿qué has hecho?

Ric. Que no pude mas
Yo mi sentimientos
Ya disimular.

Eul. Airado se aleja,
¿Quién calculará
A dónde su enojo
Lo puede llevar?

Ric. De otro modo quise
Yo la realidad
Enseñarle Eulalia,
Mas, ¿cómo callar?
Ya lo ves, hermana,
Ves que vine á hallar:
Todos me maldicen
Me abandonan ya.
¿A dónde mis ojos,
Do se fijarán,
Que no hallen la befa
Y un escarnio tal?

Eul. ¡Injusto! tú ves

Que á tu lado está
Tu hermana, que puede
Contigo llorar.

Ric. Sí, soy muy injusto:
Solo tú jamas
Vendrás cual los otros
Mi alma á destrozar.
Solo tú me quedas
Que me pueda amar,
Y mi adios postreero,
Tú recibirás.

Eul. No, ten esperanza,
Mi padre oirá:
Sí, voy en pos de él
Su enojo á calmar.

Ric. Inútil, Eulalia,
Inútil será,
No conoces tú
De lo que es capaz.
Ese ciego espíritu
De partido, es tal,
Que nada en el mundo
El respetará,
Porque se introduce
Sutil y sagaz,
Del alma en el centro

Que va á envenenar.
 Y bajo su soplo
 Ardiente y mortal
 Del alma mas pura
 Un demonio hará.
 Para él no hay vínculos
 En la sociedad,
 Que todo su mano
 Lo llega á arrancar.
Eul. No obstante, mi Padre
 Me verá llorar,
 Pidiéndole tenga
 De su hijo piedad.

ESCENA VIII.

RICARDO.

¿Tienes aún fatalidad,
 Para mí, nuevos tormentos?
 ¿Puedes aún mis momentos
 Con mas hiel envenenar?
 ¡Acabemos de una vez!
 Impio me da el mundo hiel.
 Yo tengo tanta para el
 Que en ella lo puedo ahogar.

Estalla, pues, corazon.
 Y arrójale tú á la cara,
 Cuanta amargura encerrara
 Su torpe desprecio en tí.
 Y si hasta hoy fué tu guía,
 A ese mundo el respeto,
 Nadie te tiene sujeto
 Libre eres, corazon, sí.

ESCENA IX.

RICARDO Y LOLA.

(Voz) Ric. ¡Oh! ¡Ella aquí!... ¡mi Lola!
 Lola. *(Queriendo irse.)* ¡Siempre este
 (hombre!
 ¿Por qué siempre á mi paso yo le encuentro?
 Ric. ¡Por compasión muger!
(Deteniéndola con súplica.)
 Lola. Ya entre nosotros
 Nada, ya nada de comun tenemos.
 Ric. Que sea, que sea, pero por vez pos-
 (trera,
 Al que te amó, muger, oye un momento:
 Dyme, sí, aunque despues airada
 De tu enojo me abrumes con el peso.

Lola. No quiero oír, Ricardo, ¿qué me im-

Ric. ¡Ah! pero á mi me importa nada ménos ^(portal)
 Que mi razon, mi vida, y de mi alma
 La paz eterna que por ello pierdo.
 Háblame, sí, por compasion ¡ó Lola!
 Sepa yo de tu lábio, sepa al ménos,
 ¿Por qué tu amor perdi, é indiferente
 Contemplas de perderlo mi tormento?
 Si aun existe, muger, dentro de tu alma
 De aquel amor un pálido destello
 Ten piedad ya de mí, y ante mis ojos,
 Pon de una vez horrible ese misterio.
 ¿Callas? ¡oh! ¡callas! y en la tierra fijas
 Esos ojos de lágrimas cubiertos.
 Ah! ¡Soy feliz! ¿no es cierto, Lola mi
 Que ya vas á romper tan cruel silencio?
 Lola. ¡No lo esperes jamas! y no me en-
 Que hable, Ricardo, porque hablar no p-
 Huye de aquí, donde jamas mis ojos
 Vuelvan á verte, sí, huye ¡te aborrezco!
 Ric. Sí, parto ya, y quedarás contenta
 Sí, voy á huir, y marchó satisfecho,
 De que esa alma que creí de ángel
 Es solo una alma de insensible acero.
 ¡Oh día feliz! ¡y cómo te bendigo!

Y tengo fé que me depara el cielo
 En medio del combate con la muerte,
 Para tanto sufrir, dulce un remedio.
 Adios muger! que marchó presuroso
 Al sitio que ocupar este día debo.
 Cumpliendo allí con mi deber, te juro
 Del que tanto aborreces, te liberto.
 Lola. ¿Y aun me preguntas, vil, cuál es la
 Del desden que á tu amor yo manifiesto, ^(causa)
 Cuando te veo en el inrundo fango
 De la traicion, y á él vuelves satisfecho?
 ¿Cuando yo veo en tu maldita frente
 El sello del traidor con sangre impreso?
 ¿Cuando yo esa tu mano veo manchada
 Con sangre mexicana? ¡oh! ¡te detesto!
 ¿Y aún quieres tú que el alma que en ma-
 Tú has ocupado como un santo objeto,
 Ame lo mismo al que juzgó hombre digno,
 Que al que es esclavo vil del estrangero?
 Ric. ¿Es cierto Lola? ¿y la causa es esa?....
 Ah me salvé!... Escuchá y al momento....
 Lola. No, no agregues á tu negro crimen
 Del engaño, Ricardo, el crimen nuevo....
 Ric. ¡Oh! yo te juro....

Lola. ¿Y qué fé merece
De un torpe renegado el juramento?
El que tuvo su patria y la reniega
Entregándola á viles estrangeros,
Donde quiera que fije su mirada
El oprobio hallará del universo.
¿Y qué podrá tu renegado lábio
Decir como disculpa de tu hecho?

Ric. ¡Lola piedad! que soy mas desgraciado
Que culpable, si vieras. . . .

Lola. ¡Oh silencio!
Nada quiero saber, nada, ¿me entiendes?
Porque al verte ante mí no sé qué siento
Si tú fijas en mí de tu mirada
El que ántes de ternura fué un destello,
En ella, del traidor los negros planes,
A mi pesar, Ricardo, estoy leyendo.
Si tus lábios murmuran una frase
Que ántes formaba dulce mi embeleso,
La horrible maldicion del renegado
En ellos voy á oír, y me estremezco.
Y cuando estés como te miro ahora,
Tendiendo á mí tus brazos con anhelo,
Veré que se dirigen á matarme
Porque de mexicana el nombre llevo.
Ric. ¡Oh! la muerte, la muerte en esta

Para qué mi existencia cual es quiero?
Lola. Para arrastrar en ella la cadena
Del mas atroz y cruel remordimiento.
Para sentir que pasarás tu vida
Entre el mundo y solo de él en medio,
Y que á tu paso, cual traidor las gentes
Te señalen, Ricardo con el dedo.
Vives, para si acaso de una alma
Te haces Señor, cual de la mia te has hecho,
Cuando ella tu traicion sepa con ira,
Te arroje como yo, con vilipendio.
Porque somos primero mexicanas
Y aunque el amor, Ricardo es nuestro cen-
Al que á Mexico insulta, solo damos (tro
En vez de nuestro amor, nuestro desprecio.
(Vase.)

ESCENA X.

*RICARDO queda abrumado: pocos momentos
después entran ESTEVAN, PABLO, GERMAN
y otros guardias nacionales hasta ocho.
RICARDO permanece extraño á toda la es-
cena siguiente.*

Est. Llegó el momento, venid,
Vámonos por fin á armar.